

Marcelo Báez, *Hijas de fin de milenio*, Guayaquil, Manglareditores, 1997; 104 pp.

El autor se lanza a la búsqueda de un tono, “de un registro verbal que pudiera aprehender las islas [Galápagos] de una forma inédita”, como señala en “Prolongamiento a la Mar”, texto que abre el libro a manera de prólogo y que está firmado por Pietro Speggio, suerte de heterónimo en la obra de Báez. Para la voz poética, el lenguaje está —no sin librar batallas consigo mismo— en el génesis de toda creación: “En el principio fue el agua / Algo en el fondo se movía con paciencia / Era el verbo / intentando alcanzar la superficie / Eran las palabras / que ansiaban emerger entre remolinos”. Para la voz lírica del poemario, el mar es un espacio para la poesía y la poesía un espacio en el que todo existe y que permanece más allá de la finitud de lo tangible: “*Reescribir* igual que el mar *recrea* sus olas / Corregir el ritmo de las mareas / y de las palabras que se van enlazando [...] Yo moriré / mas las palabras / durarán más que estos mares”. La voz lírica sigue los pasos de una tradición que, con Melville y Darwin, dieron una forma particular al mundo de las islas.

Rubén Darío Bultrón, *En este mundo gris lleno de ratas*, Guayaquil, Manglareditores, 1997; 88 pp.

Textos poéticos cortos, de síntesis, que incursionan en los temas de la soledad, el amor y la solidaridad, en medio de un mundo en el que parece ser que la literatura es lo único que entrega una esperanza. Para la voz poética, del naufragio del tedio cotidiano, la palabra sigue siendo un asidero para la salvación: “Yo ya no abro un libro / para leerlo de corrido. / Lo hago a escondidas / para vivir sin corbata”.

Carlos Calderón Chico, *40 cuentos ecuatorianos: narrativa guayaquileña de fin de siglo*, Guayaquil, Manglareditores / Sociedad Ecuatoriana de Escritores, Núcleo del Guayas, 1997; 256 pp.

Esta antología es un texto que se asienta sobre un buen trabajo de documentación y que demuestra el cuidado y el afecto que ha puesto el antologador en la estructuración

del libro, según Raúl Vallejo. Carlos Calderón Chico posee una de las bibliotecas y hemerotecas personales mejor provistas en el país. A ella acuden académicos interesados en nuestra literatura y en ella encuentran mucho de lo que requieren para sus investigaciones gracias a la actitud abierta de su dueño. Ahora, ha sido el propio Calderón quien nos presenta en su trabajo las bondades de ese ‘centro de información’ particular que ha venido construyendo con paciencia y abnegación durante decenas de años. Dice Vallejo, narrador y crítico, que esta antología es, en cierto sentido, generosa; que se nota que en ella existe el afán de no excluir a nadie por poco representativa que sea su obra en el campo de la narrativa corta. Esta es una virtud en un país donde se practica la ‘conspiración del silencio’ frente a la obra de aquellos autores y autoras que no pertenecen a un determinado círculo cultural o frente a aquellos que incomodan con su permanente actitud crítica. Sin embargo, esta generosidad del antologador es, al mismo tiempo, un punto problemático al momento de la valoración estética de los textos y de la obra en su conjunto de los diferentes autores y autoras antologados. Calderón Chico, periodista y dinamizador cultural, contribuye con valiosas pistas informativas al camino que habrán de recorrer los críticos e investigadores especializados para el estudio de la narración breve que se ha escrito en Guayaquil en los últimos veinticinco años.

Miguel Donoso Pareja, *Antología de narradoras ecuatorianas*, Quito, Libresa, 1997; 409 pp.

En las consideraciones iniciales de la introducción de esta antología, el autor comparte la idea con Virginia Woolf que “la literatura no aspirará ser ni femenina ni masculina, deberá ser de naturaleza andrógina” y concluye señalando que “las diferencias, tanto biológicas como sociales, han existido y existen [...] y que las mujeres han conquistado y siguen conquistando día a día espacios que por largos años le estuvieron vedados...” y concluye que “sólo en función de ello es pertinente examinar el desarrollo de la literatura escrita por mujeres en un espacio y tiempo determinados, aunque en lo esencial la literatura sea una sola y se proyecte más allá de tal o cual género”.

Ulises Estrella, *Mirar de frente al sol*, Quito, Centro de Impresión, 1997; 100 pp.

Reflexiones poéticas sobre Quito, su historia, sus mitos, sus leyendas y su vida cotidiana. Éstas cobran vigor en medio de las tendencias disociadoras y aislacionistas que circulan. Su lenguaje, según Francisco Proaño Arandi, retorna al adelgazamiento de su poesía anterior, se carga de renovadas metáforas, se extiende incluso, vasto y rítmico, hacia las suntuosidades del versículo, todo en el deliberado intento de aprehender una múltiple realidad, un espacio y tiempo continuos en cuyo fondo serpentea una verdad aún no dilucidada. Así, retomada la tradición de Cantuña, aquel indígena que ‘vendiera’ su alma al diablo, el hablante lírico nos dice: “Aquí y ahora, / entre silencio y ventisca / Cantuña nos recuerda, / día tras día: / lo peor que puede pasarle al hombre, / es el vacío”.

**Ángel Emilio Hidalgo, *Beberás de estas aguas*,
Guayaquil, Manglaeditores, 1997; 106 pp.**

La luna, el mar, la noche: espacios en los que se mueve el poemario de Hidalgo. Para él, la poesía es el habitante de un tiempo recurrente, por ello, el hablante lírico simboliza: “Esculpo el mar: / ansiado verbo que incorpora / mis manos silenciosas / hacia mi otra edad de alucinados pájaros / que lejanos desafían / mis nocturnos hábitos de vuelo. // [...] // El tiempo en círculos concéntricos / derrama su licor / y un alivio de noche / escapa entre los rescoldos del relámpago. // Fiel a mí tu nombre como una maldición: / Poesía”. Para la palabra poética de Hidalgo no existe más referente que la naturaleza sin historia y la palabra.

**Margarita Laso, *El trazo de las cobras*, Quito,
Abrapalabra, 1997; 78 pp.**

Según señala Cecilia Velasco en la contraportada del libro, en esta obra, la voz lírica, cálida y fortísima, hurga de modo gozoso, al tiempo que dolorido, en el tema amoroso: una conciencia que aúna la noción del cosmos, los otros y el reino animal, con la experiencia individual e íntima del encuentro erótico. Para Velasco, los poemas del libro dialogan entre sí a través de la exaltación del cuerpo del muchacho y la muchacha; la apropiación de la sexualidad de la que canta; los instantes rescatados de la fragmentación, que se constituyen, en la memoria, en espacios perennes; y la procacidad desatada frente a la que ama y canta: “liquen en el agua mi sexo bipétalo // ven y bebe de estas mosquitas / ven y toma de esta tortuga que nada fuera de su concha / ven y ten de mí la posesión posesora // mi sexo en el agua liquen bipétalo // tú que eres carne que abunda / tú que eres asidero capaz de cinchar mi útero henchido // mi agua bipétalo – liquen en el sexo”. Esta obra mereció el premio “Jorge Carrera Andrade” del Municipio de Quito, otorgado al mejor libro de poesía publicado en 1997.

**Juan Carlos Mussó, *El libro del sosiego*,
Guayaquil, Manglaeditores, 1997; 108 pp.**

“Desde que las palabras emergieron / Solamente ha existido un poema // Y se está escribiendo todavía”, finaliza la voz lírica del poemario de Mussó. En este texto, los dioses existen pero están en un espacio en el que gobierna la poesía. En la búsqueda de ese poema de permanente escritura Mussó no escatima tópico alguno: desde lo marino y lo urbano hasta lo amoroso.

Raúl Pérez Torres, *Los últimos hijos del bole-ro*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1997; 134 pp.

Según Ángel Felicísimo Rojas, se trata de una colección de cuentos sombríos, de un amor desesperado en el que predomina la revelación introspectiva de un mundo interior de pesadilla que pugna por salir del adentro de la voz narrativa y que, finalmente, salta hacia el mundo que lo circunda, no menos cruel, desolado y trágico que aquel. En este libro aparece el cuento “Solo cenizas hallarás” que en 1994 ganó el Premio “Juan Rulfo”, convocado por Radio Francia Internacional y en 1995, el Premio “Julio Cortázar”, de España.

María Soledad Troya, *Don Goyo: el héroe cholo de Aguilera Malta*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1997; 200 pp.

Se trata de la publicación de una versión para el público de la tesis de maestría de María Soledad Troya en la Universidad de Costa Rica. El libro considera el contexto literario de la época, el modo cómo se produce la construcción del imaginario cholo, un estudio de los personajes heroicos de la llamada ‘cholidad’ y concluye, entre otras cosas, que “tanto Cusumbo como Don Goyo son personajes inacabados e impredecibles”, a tal punto que “la muerte de Don Goyo, no concluye al personaje [sino que] queda flotando en el imaginario del cholo”, es decir permanece convertido en mito. Para Troya, “el mangle es estable como otro personaje primordial” dentro de la novela: “el árbol aporta esta heroicidad desde los aspectos totémicos, místicos y por el principio de fecundidad que contiene”.

Vladimiro Rivas, *El legado del tigre*, Quito, El Conejo / Eskeletra, 1997; 152 pp.

“Era pelirrojo, flaco, pálido, de ojos verdes, profundos y resentidos...” ¿El Tigre? ¿Un trágico testigo de su generación? ¿Un poeta para quien la metáfora no se diferencia de la realidad? Estos son los interrogantes que se plantea Javier Ponce para quien el personaje central y la intensidad de su adolescencia actúan en esta novela como una argamasa para juntar profundamente varios destinos. Ponce concluye que en esta novela el paisaje, la magia, el erotismo amargo, actúan como referentes de un puñado de jóvenes probados en el amor y en el insomnio.

Raúl Serrano, *Las mujeres están locas por mí*, Quito, Eskeletra, 1997; 146 pp.

Para Raúl Vallejo, este libro desarrolla una narración constituida de voces que parecerían haber trascendido tiempo y espacio; voces que se ubican en un no-lugar y quieran las temporalidades para adentrarse en la memoria de sus propias almas; una narración asentada sobre los dramas interiores que determinadas situaciones vitales generan en los personajes. Vallejo ha señalado que la narración es tal vez excesivamente morosa en estos cuentos y parecería conducir al lector por los canales que atraviesan y subvierten el mundo de lo cotidiano para desembocar en el lugar sin historia de la conciencia. Cuentos situacionales, sostenidos apenas por un pequeño hilo anecdótico.

Pedro Jorge Vera, *El asco y la esperanza*, Quito, Seix Barral, 1997; 172 pp.

La preocupación social no conduce a Vera al cartelismo y a lo convencional, ha señalado Ricardo A. Latchman, puesto que maneja dos o tres notas reiteradas de veracidad, que hacen de sus breves visiones de la existencia del Ecuador un asombroso documento de nuestra época y de las nuevas costumbres imperantes en este país. En este libro de cuentos, Vera retoma sus obsesiones temáticas que van desde la revolución hasta la lujuria y, manteniéndose fiel a su narrativa realista, nos entrega un libro en el que ratifica su arte de contar historias lineales.

Alicia Yáñez Cossío, *Aprendiendo a morir*, Quito, Seix Barral, 1997; 194 pp.

Una novela que recrea la vida cotidiana de Quito en el siglo XVII, a través de la construcción de la vida de la santa Mariana de Jesús en la tradición de una crónica profunda y poética. Es sabido que la santa quiteña flagelaba su cuerpo para detener la ira divina y expiar sus propias faltas y las ajenas, pues estaba convencida de que su misión en la tierra consistía en la oración sin descanso y los trabajos que la mantuvieran en la tarea de ayudar a los pobres y desamparados. El nacimiento de Mariana, según la narración, así lo presagia: “La madre, el sereno, la lluvia, la noche, la estrella y la palma pregonan a los cuatro vientos que en Quito ha nacido una santa”.